

Marta Brunet.

CUATRO POEMAS EN QUE ESTAMOS NOSOTROS

1. *Tirabuzón de angustia buscando, desesperadamente, prenderse a una esperanza.*

¿Dónde?

¿Dónde estás tú en la hora habitual de los anochecidos que es nuestra hora?

Las manos se me caen al cuenco negro del regazo.

Un pájaro loco raya el cerebro en vuelos contradictorios.

¿Dónde, dónde estás?

Miradas de luces verdes, faros para la ruta extraviada, salen al balcón y marcan una actitud fija.

Nada.

El horizonte dibuja un círculo vacío y perfecto que me estrangula.

Afina el tiempo su hilo azul de noche y engarza estrellas.

Los ¿dónde? rebotan en la angustia y juegan a ser eco del corazón tumultuoso

2.

Hebra blanca de lana, trazando el camino de una vagancia, así nuestro ir por el paisaje lunado.

—Un pájaro noctámbulo ensaya vanamente una frase de amor.

Hebra suave de lana, tejiendo palabras en que puntos sueltos caen al silencio hinchado de brisas.

—Un sauce quiere pescar estrellas en el agua estupefacta del estero.

Hebra enredada de lana, pequeña celestina que nos lía las manos con los siete nudos ciegos de lo fatal.

—Un grillo atornilla en la noche su canción metálica.

Hebra sabia de lana, retorno por huellas de dulzor anegadoras de dicha.

—El paisaje nos contempla cabeceando aprobaciones enternecidas.

3.

Recta al sol, piedra dura y ardiente, así mi corazón.

Y en torno el empuje de las olas, negras olas que avanzan embatiendo con la espesa resaca de los celos.

Y la piedra dura y ardiente inmutable bajo el sol.

Golpean, suben, rompen en gotas las olas; se van, vuelven, pegan, rugen, maldicen.

¡No importa corazón!

Bajo los soles la piedra es fuego y cada vez más alta en su anillo de olas, es un desafío de actitud definitiva.

Alta piedra salobre.

Corazón mío.

4.

¡Libre! ¡Libre! bajo los cuatro estoperoles de plata que sujetan la cruz del sur. Embriagada. Empinada sobre mí, misma, prora hacia ninguna parte, a solas con la afirmación de un destino múltiple.

¡Libre! ¡Libre! por caminos trizados de olas y abiertos de espacio, rotas las amarras inmovilizadoras, aventada la carga de inquietudes, de recelos, de pesares.

¡Libre! ¡Libre! viajera de alma-niña que deshace panoramas clavando flechas veloces en el blanco de cada puerto.

¡Libre! ¡Libre! bajo la mano fuerte y suave del viento, bajo el sol prendido a la piel como una caricia fija, bajo el dulzor sedante de la noche.

¡Libre! ¡Siempre libre! ¡Al fin libre!

Deseo que se hace mástil, anhelo que empaveza el barco, grito que comba las velas, rosa de los vientos que marca todos los puntos cardinales al corazón esperanzado de libertad, todo ¿para qué? si un beso tuyo me ancla irremediabilmente a tu costado. . . .